

Que las palabras no les engañen

Ana I. Bernal Triviño

“Palabras, palabras, palabras”... le respondía Hamlet a Polonio. Y, habitualmente, con el mismo desdén, solemos tratarlas. Las usamos cada día sin darles la importancia necesaria. Sin tratarlas con el mimo que requieren. Al principio, la meta de nuestros padres era que pronunciásemos nuestra primera palabra. Que, de entre todos aquellos balbuceos de bebé, saliese por fin un conjunto de letras con significado. Y, a partir de ahí, nuestra meta fue adquirir más y más vocabulario. Porque ellas nos permitirían entrar en contacto con los demás, y en definitiva, darle sentido a nuestra realidad.

Sin palabras no seríamos nada. Imaginemos un día sin usarlas. Los acuerdos más importantes entre países se han plasmado con ellas. Los acuerdos más importantes entre los miembros de nuestra familia, también. Las ideas más importantes y revolucionarias han quedado sostenidas con ellas. Pero esas “palabras” inocentes a las que Hamlet se refería, de forma despreocupada, tienen significado. Por eso las palabras y, el conjunto de ellas, nos puede hacer llorar, reír, irritar, sobresaltar, emocionar, temblar, dañar como un puñal, sufrir... o engañarnos. Y, en esta cuestión, en el maremágnum de palabras, no tienen tanta culpa ellas, sino su emisor. Un emisor que, con buen conocimiento de su alcance y eficacia, determina cómo debe usarlas para llegar casi a hipnotizar a los ciudadanos. Para que piensen que nuestras circunstancias son como ellos las describen. Hasta tal punto de que, su ausencia, impone una ley del silencio sobre determinados temas, que termina produciendo que seamos ajenos a esos problemas. Porque las palabras que nos llegan a través de los medios de comunicación, que reproducen las que han sido pronunciadas por los políticos, no sólo contribuyen a crear una identidad individual, sino colectiva. Es ahí donde entra el alcance de la opinión pública.

Ejemplos sobre manipulación informativa hay muchos. Por citar uno, que nos queda cercano, y por ser uno de los mayores genios de la pintura, nos podemos centrar en la imagen del malagueño Picasso. En una comparativa entre las noticias publicadas en prensa durante la república y el franquismo, se puede comprobar cómo durante la dictadura se le niega a Picasso su condición como español e incluso como pintor, estando ausente su figura en la prensa nacional durante años o se ridiculizó su obra. Por ejemplo, en ABC Sevilla (04/07/1939) Picasso era el "geómetra de la imbecibilidad acumulada" y un "perturbado"; su conocida *Paloma de la Paz* fue calificada como un "pichón del estofado soviético" (ABC, 04/05/1949) y; mientras en 1946 Picasso exponía en el MoMA, La Vanguardia consideraba que su obra era un "adefesio pictórico", producto de la "esquizofrenia".

Y, aunque esto parezca un hecho del pasado, sigue ocurriendo ahora mismo. Compartimos cada día de nuestra vida con las palabras y, quizás por eso mismo, no somos capaces de reconocer su capacidad de condicionarnos, de hacernos entender lo que nos rodea, de interpretar, de modelar como barro nuestra conciencia. Esa misma que nos hace situarnos ante la vida como un pelele o con dignidad. Que seamos una marioneta manejada por hilos, o que rompamos con ellos.

Durante las elecciones generales del 20 de noviembre de 2011, los españoles nos retratamos en el

consumo de medios online. Las noticias más leídas, y su análisis terminológico, nos sirven de ejemplo de lo que somos y de lo que nos llama la atención. A pesar de habernos encontrado en unas elecciones decisivas, en lugar de dedicarnos a leer las noticias sobre las propuestas de candidatos o su análisis, las informaciones más consultadas tenían titulares de este calibre:



Y mientras todo esto sucedía, la neolengua que anunciaba Orwell en su obra *1984*, nos ha ido domesticando. Pastoreados, con una edulcorada realidad con la que pretenden aliviar y minimizar el impacto. El poder consigue crear su propio diccionario. Y en él se incluyen palabras tabú que impiden que el ciudadano asuma el alcance de la situación y, en consecuencia, se controle a la opinión pública.

Los ejemplos los vemos todos los días. Nos dicen: “Tenemos un ‘préstamo en condiciones muy favorables’, donde el dinero ‘se le da a España, no a los bancos’. Este ‘préstamo’ nos lo han dado porque todos ‘hemos vivido por encima de nuestras posibilidades’ y, en compensación, debemos hacer una serie de ‘reformas’ para mejorar la ‘competitividad’. Esta situación se debe a que existe una ‘desaceleración económica relativamente sincronizada’ y porque tenemos un ‘crecimiento negativo’. Por eso se realizará un ‘recargo temporal de solidaridad’, con una ‘flexibilización del mercado laboral’ y una ‘subida de impuestos indirectos en términos hacendísticos’. La I+D actual no se sostiene, aunque creemos que es ‘motor económico’. Por eso se necesita ‘liberalizar’. También es probable que estudiemos el caso de los ‘minijobs’ y haremos un ‘ticket moderador’ sanitario con un ‘copago progresivo’. Y, por supuesto, sin descuidar otros aspectos sociales como ‘la violencia del entorno familiar’”.

Cuando, en cambio, sería más ajustado a la realidad que nos dijeran: “Tenemos un rescate, donde el dinero se le va a dar directamente a los bancos, que son los que se han endeudado. Y con vuestro dinero, con el dinero público, se devolverá. Este rescate se debe a que los mercados han vivido por encima de sus posibilidades. Y, como nada sale gratis y la deuda contraída es enorme, vamos a tener que hacer recortes. Unos recortes especialmente

centrados en el estado de bienestar, a pesar de que la deuda pública sea menor que la privada. El objetivo no es mejorar la competitividad, sino devolver la deuda. Esta situación se debe a que existe una crisis económica donde no crecemos. Por eso vamos a tener que hacer recortes por un tiempo que no sabemos cuánto durará. La función no es ser solidarios. Es sólo ayudar a pagar a los de arriba. Porque solidaridad habrá poca para el desahuciado o el parado, a quien además se le recortará la prestación. Tendrán que ceder derechos en el mercado laboral, con más precarización en sus puestos de trabajo, si es que consiguen uno, porque el desempleo sigue creciendo; además de subir el IVA. Hay que liberalizar, pero el dinero que se recaude con sus impuestos no irá para su bienestar social, sino para el privado. Por eso tendrán que ‘repagar’ (primero con impuestos, y después, en el momento de acceso) por medicamentos o por atención médica, además de suprimir algunos de ellos. No tendremos dinero para mantener la I+D actual, así que mandaremos a los investigadores al desempleo, pero bonificaremos con 9.000 euros la contratación de personal en casinos, porque es nuestra apuesta de crecimiento económico para el país. Y, por supuesto, tendremos que descuidar a las personas dependientes o a la violencia de género porque, al fin y al cabo, es algo que sucede en el entorno familiar”.

Dicho así, seguramente, a más de uno nos ingresarían por un shock en urgencias. Y sin embargo, asistimos día tras día a estos giros lingüísticos, a una especie de trabalenguas para que el receptor no tenga capacidad de reacción y, simplemente, acepte, sumiso, la realidad. Y hemos llegado hasta aquí por un lento y exitoso proceso de reproducción de este lenguaje en los medios de comunicación. Porque, si desde el principio nos hubiesen contado la realidad, sin cubrir al poder ¿no se hubiese frenado antes esta espiral? ¿La prensa no debía de haber cumplido con la función social que le corresponde y haber creado una identidad colectiva, donde se valorasen los logros conseguidos en todos estos años para que reaccionásemos en bloque frente al expolio? Han sido, poco a poco, pequeñas dosis de engaño a través de la palabra. Igual que el método Malaya. Gota a gota, termina perforando el cerebro. Palabra a palabra, pretenden conquistar nuestro cerebro.

En su alocución al pueblo de Fuente Vaqueros, García Lorca insistía en la necesidad de estar en contacto con los libros, con las ideas, con las palabras, en razonar, en cuestionar, “porque lo contrario es convertirlos en máquinas a servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social”.

Así que, cada vez que lean o escuchen al poder y a un periodista que reproduzca sin interpretar, hagan un ejercicio de escepticismo. No se crean de entrada el mensaje. Seguramente las palabras, presumidas, intentarán vestirlas con un traje de lujo. Igual que hay ladrones vestidos con chaqueta y corbata. Pero no será más que un disfraz porque, en realidad, aquellas palabras estarán comunicándole un alcance mayor de lo que aparentan. Y hemos llegado a la situación actual porque, precisamente, hemos nadado en palabras presuntamente cordiales e inocuas que no han permitido crear la suficiente conciencia social como para haber despertado antes de tiempo. Si se indignan por el cambio de programación de televisión, cuando su equipo de fútbol no mete un gol, cuando les dicen que WhatsApp será de pago, por la subida del recibo de la luz o del teléfono, porque corten el tráfico sin avisar... Indígnense también con las palabras que les llegan. Despierten. Que no puedan esculpir su dignidad. O, por el contrario, ocurrirá la reflexión aclamada por Hamlet: “las palabras sutiles duermen en oídos necios”.

Ana I. Bernal Triviño es periodista